Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,

D. PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CELEBRACION DEL 77º

ANIVERSARIO DEL LICEO A-127, DE SAN BERNARDO

SAN BERNARDO, 13 de Junio de 1990.

En verdad, no puedo decirles sino que me siento muy en mi casa. Aunque hace muchos años que yo pasé por las aulas del Liceo, lo conservo en mi corazón como si fuera hoy día. Yo estuve en el Colegio desde la sexta preparatoria, que así se llamaba en aquellos años el último año de enseñanza básica, hasta el quinto año de Humanidades, seis años en total. Cuando llegué a tercer año el Colegio no tenía más que a este curso y con mi curso se creó el cuarto, y al año siguiente el quinto, en calidad de cursos mixtos, de allí las compañeras aquí presentes, como un anticipo de lo que el Colegio es hoy día. No nos dio la fuerza en aquellos años para crear el sexto, y por eso volví a emigrar a Santiago, donde terminé mis estudios en el Internado Barros Arana.

Siento que debo mucho al Colegio, aprendí mucho en este Liceo. No sólo aprendí conocimientos, y es justo que rinda homenaje a mis maestros de la época. La verdad es que había mucha gente que tenía el prejuicio de que el Liceo de San Bernardo, un Liceo pequeño, de una pequeña ciudad aledaña a Santiago, no estaba al mismo nivel de los grandes establecimientos educacionales. Pero yo pude demostrar, con mi propia experiencia, que llegué al Internado Nacional Barros Arana, que era de la época de los colegios más prestigiosos, justificadamente, del país, en un nivel de preparación y conocimientos semejantes al de los buenos alumnos de este colegio.

Pero más que conocimientos, aprendí en el Liceo de San Bernardo otras cosas. Aprendí, en primer lugar, a sentir como una realidad fundamental la comunidad entre chilenos de distinta extracción social; aprendí a sentir como mis iguales a mis compañeros que eran como yo, hijos de profesionales, y a mis compañeros que eran hijos de obreros ferroviarios, de trabajadores del comercio, de modestos empleados, de oficiales y suboficiales

del Ejército y de la Aviación.

Convivíamos y nació entre todos nosotros un gran afecto, un gran compañerismo, y allí aprendí, en este Liceo yo recibí mis primeras lecciones de democracia. Aprendí democracia en la convivencia liceana.

Otra cosa que aprendí fue a respetar la importancia de la labor de los maestros, a respetar y admirar la tarea difícil, pesada, mal remunerada, a menudo ingrata e incomprendida del profesor.

Yo quiero, recordando algunos de mis maestros, y sin el ánimo de excluir a nadie, testimoniar en ellos el homenaje de un discípulo que aprendió mucho de ellos y que los recuerda en su corazón, con admiración y afecto: en don Roberto Ochoa Ríos, nuestro rector, dinámico, entusiasta, siempre lleno de nuevas iniciativas, amante del progreso del colegio y del progreso de la ciudad, anhelante de incorporar al Liceo no sólo en su tarea educativa específica de sus alumnos, sino que de una función social en toda la comunidad de San Bernardo. Aquí veo a uno de sus hijos, de quien soy amigo desde entonces. Gran rector don Roberto Ochoa Ríos.

En la señora María Cuevas de Inostroza, nuestra profesora de Matemáticas. Yo comprendo que para muchos de ustedes, de esto hace tanto tiempo, más de medio siglo, esos nombres no les signifiquen nada, pero creo mi deber quitarles unos minutos destacando esos nombres, por lo que significaron de aporte para este colegio, por lo que significan de ejemplo. Era una gran profesora. Viuda, sostenía una familia numerosa, algunos de sus hijos fueron mis compañeros. Uno de ellos, Jorge Inostroza, el autor del Séptimo de Línea, escritor que llegó a ser un gran novelista y uno de los escritores muy publicado en nuestra Patria, heredó de ella extraordinarias condiciones. Tenía una gran inquietud, hacía clases de Matemáticas en el Liceo de Niñas y en el Liceo de Hombres, y se daba tiempo para ir al Pedagógico a seguir estudios de Filosofía, porque quería perfeccionarse y llegar a saber más.

La profesora de Inglés, doña Ana Fricke; la profesora de Química, la señorita Cornejo; la profesora de Ciencias Naturales, doña Aída Jaraquemada; el profesor de Francés, Monsieur Díaz, "Monsieur Jours", "Le petit", porque era muy bajito...(palabras en francés).. decía cuando estaba tomando las lecciones y alguien hablaba en la clase, gran profesor; don Julio Alarcón, nuestro profesor de Dibujo y Caligrafía, "Cochecho" lo llamábamos, no sé por qué.

Bueno, yo menciono y les rindo este homenaje para significar algo que ustedes, muchachos y muchachas que hoy día estudian, tal vez no comprendan en toda su magnitud. La abnegación, el

esfuerzo, el trabajo silencioso, la dificultad de la tarea y la importancia de la función de los maestros. Nunca me cansaré de resaltarla, y si durante mi Gobierno puedo hacer algo por dignificar la función del maestro y mejorar su condición en todos los planos, pueden ustedes tener la certeza de que lo haré, porque esa constituye una de mis principales preocupaciones, con sentido de justicia, hacia la importancia de su función.

Pero en el Liceo de San Bernardo aprendí algo más. Aprendí a sentir la solidaridad de todos con todos, la solidaridad con la comunidad humana, con el entorno que nos rodea. Yo no soy sólo yo; mi porvenir no depende sólo de mí y de que a mí me vaya bien, y de que a mi familia le vaya bien. Formamos parte de una comunidad, comunidad que empieza en el vecindario, que sigue en la ciudad, que se extiende en la provincia y a la región, que se expresa, sobre todo, en la Patria, en la comunidad nacional, que nos une a todos en un pasado común que admiramos, y en un futuro común que significa, que nos compromete a todos; comunidad también con el resto de la humanidad.

Sobre todo, la actuación del centro de ex alumnos, siempre preocupada de que el Liceo estuviera presente en la ciudad, que organizaba las fiestas de la primavera, que eran no sólo explosión de alegría, sino que eran testimonio de perfeccionamiento cultural. Allí los mejores alumnos, o ex alumnos, recitaban sus poemas; allí venían artistas a representar; allí, en la velada que generalmente había, se hacía una demostración de las capacidades artísticas, musicales, literarias, oratorias, de los Sanbernardinos jóvenes, alumnos y ex alumnos.

Pero no sólo eso, don Roberto Ochoa, como rector, se preocupaba de la vinculación del Liceo con las obras sociales, y así nació una vinculación grande con el Rotary Club, vinculación con la Escuela de Aplicación de Infantería de San Bernardo, vinculaciones con sectores sociales. Un grupo de ex alumnos fundamos la Academia Literaria y Cultural Manuel Magallanes Moure, tomando el nombre de un ilustre escritor y poeta que vivió en esta ciudad. Honrábamos los valores comunes, nos sentíamos solidarios. Y esa enseñanza, tal vez junto con las otras, ha sido decisiva en la formación de la personalidad de quien les habla en este instante.

No quiero latearlos. Simplemente, con esos recuerdos he querido significar lo que le debo al Liceo de San Bernardo. Y pueden ustedes tener la certeza de que en la medida en que ello sea posible, en el ejercicio de mi mandato presidencial, no olvidaré lo que le debo al Liceo, y trataré, de alguna manera, de retribuírselo.

Sé que a ustedes les hace falta un gimnasio. No puedo prometerles cuándo podrá construirse, pero pueden ustedes tener la certeza de que haré todo lo que esté de mi parte para que antes

que termine mi período el Liceo de San Bernardo, hoy de hombres y de niñas, el Liceo Fidel Pinochet Le Brun, cuente con el gimnasio que anhelan.

Y, finalmente, una última palabra, una palabra dirigida a los niños y niñas, muchachos y muchachas que aquí estudian, para decirles que de lo que yo he expuesto saquen como consecuencia no sólo un aprecio a sus maestros, un reconocimiento de la dignidad de su función, un espíritu de compañerismo, un propósito de unidad entre ustedes, sino que saquen también, como conclusión, la necesidad de que cada uno se esfuerce, en la medida de todas sus capacidades, por dar de sí lo más de que sea capaz. La vida no nos es dada hecha; la vida la hacemos nosotros mismos; cada cual construye su vida, y no llegamos a la vida para recibir lo que nos sea dado, sino para conquistar con nuestro esfuerzo, nuestro propio lugar en la sociedad.

Tenemos que fijarnos metas, no muy remotas, accesibles. Tenemos que esforzarnos por cumplir esas metas y tenemos que preguntarnos si estamos aquí para satisfacer nuestros propios anhelos o deseos, o si estamos aquí como parte de una comunidad humana para dejar en nuestro paso por la Tierra una huella por el servicio que hayamos sido capaces de prestar. Los nombres que se recuerdan son los nombres que han servido, los que pueden despedirse tranquilos de la vida, son los que han pasado por ella no tanto gozando, como haciendo un aporte a la construcción de una vida mejor para todos sus semejantes.

Muchas gracias.

* * * * *

SAN BERNARDO, 13 de Junio de 1990.

MLS/EMS.